

## **La crisis estructural - sistémica del capitalismo: destrucción del trabajo y la naturaleza**

Ensayo presentado por Cristóbal Silva González - Equipo sindical CED-INS.

En el marco del Seminario: "Derechos laborales y sindicales en Bogotá".

Bogotá 1 de marzo de 2012.

Una de las variables determinantes del proyecto histórico del capitalismo es su crisis permanente, que lo ha acompañado desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. El matemático y economista ruso Kondratiev da cuenta de la periodización de las crisis y de los auges del capitalismo, lo que intentó matematizar por medio de las llamadas ondas largas y cortas de los ciclos del capital. Esta apreciación e interpretación sólo considera los factores endógenos de dichas crisis, sin tomar en cuenta las tensiones o luchas de clases que son determinantes en la pugna política para reformar el capitalismo o superarlo.

Algunos intelectuales que han preservado el pensamiento crítico, sustentan cómo el capitalismo pasa por una prolongada crisis -la cuarta según las interpretaciones de Kondratiev-, que se inició a finales de la década de los sesenta, con la caída de la tasa de ganancia determinada por la sobreproducción, la cual da inicio al fin de los "treinta años gloriosos" del capitalismo (1945-1973). Éste periodo histórico, caracterizado por el Estado de Bienestar, de corte keynesiano, regulaba la contradicción capital- trabajo, y buscaba incentivar la demanda por medio del poder adquisitivo del salario, con lo cual surge la sociedad salarial, que a la vez permite reformar, dentro de los marcos del capitalismo, las contradicciones presentes en esta relación social.

Otra determinante de dicha organización societal tiene que ver con la inversión social, garantizada por el salario y la riqueza producida socialmente y administrada por un Estado que garantizaba el acceso a bienes y servicios como la educación, la salud, las pensiones y la seguridad social, entre otros. Este fenómeno fue posible en los países centrales, producto de la división internacional del trabajo, que permitía la circulación de recursos de parte de los países pobres hacia el centro desarrollado. La legitimidad de dicha organización social del llamado Estado de Bienestar se sustentaba, empero, en la garantía y acceso a derechos fundamentales asociados al trabajo.

Ahora bien, a finales de los sesenta y principios de los setenta, como producto de la sobreproducción y los altos precios del petróleo, se empieza a generar otra crisis de proporciones estructurales, que cuestionan la posibilidad de recuperación de la tasa de ganancia del capitalismo, posibilidad conocida desde la "era dorada del capital". Ya en los años ochenta la crisis económica tiene su epicentro en América Latina, desencadenada por la "crisis de la deuda", pues estos países no tienen condiciones

para seguir pagando las deudas contraídas por los diferentes gobiernos latinoamericanos ante las entidades financieras. Deudas contraídas por dictaduras militares que invirtieron estos recursos en el dispositivo militar y represivo, a la vez que incentivó la industria militar de los países ricos.

Con estos elementos o componentes de la crisis, el capitalismo y las élites políticas latinoamericanas optan por salidas como la del neoliberalismo, que en los años ochenta tiene como principales exponentes a los gobiernos de Reagan en los Estados Unidos, Thatcher en Inglaterra, Kohl en Alemania y, como antecedente, a la dictadura militar de Pinochet en Chile.

La ideología neoliberal es una ofensiva por parte de las élites financieras y los intereses corporativos, que tiene su acta de inicio en la “Comisión trilateral” que organizó a Estados y empresarios de Europa, Estados Unidos y Japón en torno a la defensa de los intereses del capital en detrimento de los derechos sociales y colectivos garantizados por el Estado y la sociedad salarial.

Dentro de las coordenadas del proyecto neoliberal están la ruptura del pacto capital-trabajo garantizado en el Estado de Bienestar, así como intensificar la tasa de rotación del capital para encontrar en el sector financiero un retorno rápido y especulador de las ganancias. En el “Tratado de Winston”, las élites económicas y políticas desregularizan el mercado financiero, que necesita de otras especialidades, a la vez que requiere subsumir instituciones a la dinámica económica para evitar la pérdida de capitales. En efecto, analistas como David Harvey evidencian cómo los capitales, en los momentos de crisis, necesita la reconfiguración de nuevas geografías e instituciones para evitar la caída de la tasa de ganancia. Esas nuevas geografías que buscan ser subsumidas por capitales sobre-acumulados tienen que ver con el otro componente del proyecto neoliberal: la globalización.

Esta dinámica especulativa ha convertido al mercado mundial en un gigantesco casino para la especulación y financiarización de la economía mundial, trayendo consigo la destrucción de la soberanía de los Estados periféricos, que en su gran mayoría – como es el caso de la clase dirigente en Colombia- han renunciado a la creación de un mercado interno y al fortalecimiento de los sectores estratégicos de la economía como la industria y la agricultura.

Así pues, la globalización neoliberal que potenció el sector financiero, ha venido mercantilizando los servicios y bienes comunes en detrimento de los pueblos y las sociedades en su conjunto. La reconfiguración del Estado en este contexto de ofensiva de las élites económicas mundiales reunidas en conglomerados económicos conocidos como grupos de capital, ha construido un modelo de Estado que en los países pobres representa la pérdida de la soberanía política, económica, social y

jurídica, donde se reconfigura una nueva institucionalidad en función de los derechos del capital, postergando los derechos fundamentales y los derroteros constitucionales de la soberanía y la autodeterminación.

Es así cómo la llamada “década perdida” de los años ochenta representó para América Latina la oportunidad política y económica del proyecto neoliberal para poder imponer los planes de ajuste estructural que permitía a los grandes conglomerados económicos a nivel mundial garantizar el pago de los servicios de la deuda; es decir que ya no sólo se exportaban materias primas con poco valor agregado, sino también capitales.

Esta crisis económica mundial no sólo se manifiesta hoy en día en los países empobrecidos por el orden imperial, sino que sus colapsos financieros recorren el mundo: Asia en 1997, América Latina 1994 - 2001 desde México a la Argentina, Estados Unidos 2009, Europa 2010. Crisis del mercado de capitales financieros que especulan en las nuevas tecnologías, en las hipotecas, etc. Burbujas especulativas desencadenadas por la dinámica del sector financiero que son salvadas por los Estados con dineros públicos. Ciertamente, se ha venido corroborando cómo este sector de la economía, responsable de la desregulación de la economía mundial, apela a la figura del Estado para ser salvados en sus crisis, cuyos recursos surgen a la vez de los ahorros de los trabajadores expresados en sus pensiones. Un ejemplo ilustrativo y emblemático: Argentina, con en el llamado “corralito financiero”, donde a los trabajadores se les expolió de sus ahorros. Este tipo de pillaje, robo y expoliación se evidencia en las llamadas “reformas laborales”, “pensionales” y “tributarias” donde la carga de la crisis se le sigue imponiendo a la clase que vive del trabajo y a la sociedad en su conjunto, que ha visto cómo se han venido mercantilizando derechos fundamentales como la educación, la salud, la seguridad social, etc.

Así mismo, se puede desvelar cómo estas crisis no se agotan en lo financiero, sino que también impactan la producción, ya que para salvar el sector rentista y especulador, se necesita de medidas de choque expresadas en el cierre de empresas y despido de los trabajadores, trayendo consigo un impacto en la economía real que se expresa en la recesión. La Organización Internacional del Trabajo OIT, ha venido alertando a la población mundial acerca de cómo se ha generado un desempleo estructural del 7.4%, que sirve de ejército de reserva para precarizar las condiciones de trabajo y los derechos de los trabajadores, conquistados con históricas luchas.

En efecto:

"En medio del huracán de la crisis que ahora alcanza el corazón de la crisis del sistema capitalista, vemos la

erosión del trabajo relativamente contratado y reglamentado, heredero de la era taylorista y fordista, que fue dominante en el siglo XX – resultado de una secular lucha obrera por los derechos sociales-, que está siendo substituido por las diversas formas de “empresarismo”, “cooperativismo”, “trabajo voluntario”, “trabajo atípico”, formas que oscilan entre la superexplotación y la autoexplotación del trabajo, siempre caminando en dirección a una precarización estructural de la fuerza de trabajo a escala global. Esto, sin hablar de la explosión del desempleo que alcanza enormes contingentes de trabajadores, sean hombres o mujeres, fijos o precarios, formales e informales, nativos o inmigrantes, siendo éstos últimos los primeros en ser fuertemente penalizados.”<sup>1</sup>

Es evidente que el neoliberalismo, como estrategia del capitalismo en crisis, ha venido subsumiendo no solo geografías y espacialidades para hacer posible la recuperación de la tasa de ganancia y evitar la destrucción de capitales, sino que también liquida los derechos fundamentales asociados al trabajo, que como generador de riqueza viene siendo pauperizado y mercantilizado.

Como bien lo afirma Renán Vega Cantor:

"La reestructuración capitalista de los últimos 35 años ha estado acompañada de una brutal recomposición del trabajo, que incluyó la destrucción de las organizaciones obreras y los derechos laborales, así como el retorno a condiciones similares a las existentes en la primera época del capitalismo, en la que predominaba la extracción de plusvalía absoluta. Ese es el verdadero telón de fondo de las transformaciones del mundo del trabajo, que ha venido acompañado de un retroceso impresionante en las condiciones laborales y vitales de la mayor parte de los trabajadores del mundo.”<sup>2</sup>

Otro elemento fundamental a tener en cuenta en el contexto neoliberal tiene que ver con la tecnología. Ciertamente, a mediados de la década de los ochenta se desencadena la llamada “tercera revolución industrial” expresada en la teleinformática, la robótica y la microelectrónica, logros tecnológicos que van a ser utilizados por el capital financiero para hacer posible el movimiento rápido de los capitales. Asimismo, estos logros tecnológicos se utilizan para la intensificación de la rotación del capital expresada en el comercio y la superación de las fricciones institucionales como los aranceles e impuestos al tráfico y devenir de las mercancías.

"El cambio tecnológico, la automatización, la búsqueda de nuevas líneas de producción y nichos de mercado, la dispersión geográfica hacia zonas con controles laborales más cómodos, fusiones y medidas destinadas a acelerar el giro del capital, aparecieron en el primer plano de las estrategias corporativistas.”<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Ricardo Antunes. “La sustancia de la crisis”. En: Jairo estrada Álvarez, (compilador), *Crisis capitalista, economía, política y movimiento*, Bogotá: Espacio crítico ediciones, 2009.

<sup>2</sup> Renán Vega Cantor. “Crisis de la civilización capitalista”, *Ibid.*, p.66.

<sup>3</sup> David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires: Amorrortu ediciones, 2004.

En efecto, estos logros de la tecnología hacen posible la desterritorialización y descentralización de la producción, y traen con esto el cierre de fábricas en ciudades caracterizadas por la industria, así como la expulsión, por lo tanto, de un gran contingente de trabajadores que son desplazados por los procesos de automatización y robotización en el primer mundo. Mientras tanto, en las periferias se impondrá el modelo maquilador, que cumple una tarea de elaboración de mercancías, en la cadena de la producción mundial. Maquiladoras encarnadas en las zonas económicas especiales donde existen ventajas comparativas asociadas a un mercado laboral sin derechos, que les garantiza el acceso a la explotación de los recursos naturales sin ninguna protección hacia los mismos. Territorios, geografías y espacialidades desregularizadas de la legislación laboral y ambiental, atractiva para las inversiones extranjeras. Estos elementos traen aparejada también la renuncia por parte del Estado a la soberanía ejercida en el control de un territorio.

Así pues, hoy se puede evidenciar cómo esta crisis global, estructural y sistemática del capitalismo, acompañada por los diferentes estallidos de las burbujas financieras, va unida al desmantelamiento de la economía productiva real, así como a la especulación en el mercado de las tierras. Re-primarización de las economías dependientes, liquidación de las infraestructuras productivas y de los mercados internos, liquidación de los derechos fundamentales de la población y obviamente de la clase que vive del trabajo, privatizaciones de la infraestructura pública y mercantilización de los bienes públicos. Por ello, y con algo de razón, se habla de un genocidio y ecocidio global propiciado por el fenómeno neoliberal, que busca destruir las dos fuentes de riqueza: el trabajo y la naturaleza.

También se debe mencionar cómo esta crisis viene acompañada por la crisis ambiental, hídrica, alimentaria y energética. La crisis energética se asocia con la caída del pico de producción del petróleo, materia prima fundamental y estratégica para la generación de la dinámica del capitalismo. En efecto, este recurso ha sido fundamental para la construcción del proyecto de civilización del siglo XX y su agotamiento pone en vilo la viabilidad del mismo sistema.

Según datos de Naciones Unidas, por primera vez algo más de la mitad de la población mundial habita en las ciudades, que se caracterizan por un consumo depredador de energía y combustibles fósiles que las hacen inviables, ante el agotamiento irreversible de las fuentes de petróleo.

Ante los altos niveles de consumo, que se convierten en la estrategia del capitalismo para ejercer el control social, se hace necesario impugnar por los altos impactos globales en términos del flujo de recursos como el agua, la energía y los alimentos que surgen del sur del mundo empobrecido para el opulento norte.

Como lo han demostrado varias investigaciones, entre otras *La historia de las cosas*, escrita por la ambientalista y laboralista norteamericana Annie Leonard, es evidente la imposibilidad de un sistema que necesita la rotación infinita del capital ante un mundo finito. Se afirma, asimismo, que el alud de mercancías que circulan hoy por el mundo expresan no sólo las contradicciones sociales y políticas como la del capital y el trabajo, contradicción comandada y regulada hoy por el capital transnacional, que ha convertido el trabajo en una mercancía despreciable, sino también se evidencia la contradicción entre el proyecto de civilización capitalista y la naturaleza, generadora de la vida.

En el afán de buscar alternativas energéticas para intentar paliar el agotamiento del petróleo, el capitalismo global ha venido imponiendo la producción de agrocombustibles, con alto impacto ambiental, acompañado de la postergación del campo en su especialización como productor de alimentos. No sin un elemento de cinismo se afirma por parte de los ideólogos del neoliberalismo que los campesinos y sus economías son especies en vías de extinción, ya que el ordenamiento rural espacial permite corroborar cómo algunos capitales sobre-acumulados han venido especulando con el uso del suelo y territorio rural dentro de la lógica de la especulación de las tierras y la producción.

Así mismo se ha venido afirmando por algunos investigadores que estas causas también han determinado el agotamiento de las fuentes hídricas, liquidando la biodiversidad del planeta. Algunos ambientalistas denuncian cómo el acto depredador del sistema mundo capitalista ha venido exterminando especies: nos encontramos en la sexta extinción de las mismas, generada por esa misma irracionalidad del sistema, que sólo busca recuperar su tasa de ganancia. Cabe recordar que la quinta extinción de las especies se asocia al fenómeno natural de la caída del meteorito que eliminó a los dinosaurios y a otras especies de la naturaleza.

Este ecocidio, presente en la dinámica del capitalismo de la plusproducción, el plusvalor y el plusconsumo, choca con los límites infranqueables de la naturaleza, ya que la misma no es infinita como lo consideraba el ideal renacentista y el culto apologético de la ideología del desarrollo y el despliegue de las fuerzas productivas. Esto evidencia la necesidad de superar el paradigma productivista, hoy neodesarrollista, implementado en proyectos como el IIRSA (Iniciativa de Integración Regional de Sudamérica) y agenciados por el Banco Mundial, el Fondo Monetario internacional, el BID y poderosas transnacionales.

No sin razón algunos de los participantes al seminario plantean la relación y tensión entre el trabajo,

la praxis sindical y la problemática ambiental. Por ello el control social, político, económico y ético de la producción gestada por los trabajadores, debe dar cuenta de un nuevo proyecto de civilización “más allá del capital”.